

VIVIR DE LA PALABRA, TRANSPARENTAR EL DON

XXVII Semana de Vida Religiosa, Bilbao 22 abril 2009

Vivir de la palabra es escucharla

Somos seres habitados por la Palabra, una palabra interior, incesante que nos acompaña siempre que es como un eco de lo que somos, de lo que vivimos, y, a la vez, nos vive. Esa experiencia de vivir habitados por esa palabra interior que nos habita ha sido expresada de muchos modos: *“converso con el hombre que siempre va conmigo”*, ha escrito nuestro Antonio Machado. Y san Agustín, en las confesiones edifica un monumento a ese otro yo, confesado, ante el que, humildemente se expone y se define.

Pero además habitamos en una palabra exterior, en un mundo de voces, de palabras proferidas en el que, como peces de colores, navegamos. Dice Iuri Lotman que habitamos en una *semioesfera*, en un lugar de entrecruzamiento de palabras, en un gran crucigrama, que nos acoge y nos da sentido. Algo parecido al concepto de bioesfera, ese mecanismo cósmico que abarca toda la materia viva del planeta y que la potencia y transforma de un modo continuo, así desde el punto de vista del lenguaje todos habitamos sumergidos en una esfera de significaciones que es la que nos permite hablar con sentido a todos los que en él vivimos.

Estamos, pues, atravesados por dos palabras: la del interior, con su voces y sus ecos, y la del exterior, verdadero espacio textual fuera del cual sería imposible la significación. Lacan nos lo recuerda: *“El lenguaje habla antes que yo hable”*. Aprendemos a hablar escuchando, desde

dentro y desde fuera, somos seres de palabra, nacidos y crecidos en un *Logos espermático*, en el universo creador de la Palabra, ahora sí, con mayúscula.

Precisamente, por eso, la escucha de las palabras que vienen de fuera buscan la palabra interior, la incitan, la interrogan, quieren ser escuchadas y acogidas por ella, y también combatidas o rechazadas, o dejadas en el anonimato, en la indiferencia. “*Hacerse el sordo*” no es no escuchar, es no querer dialogar con lo que se escucha, es ignorar la palabra exterior, a la que oponemos resistencia desde la interior, que no quiere entrar en tratos con ella, que la ignora y la desprecia.

Vivir de la Palabra es una modalidad espiritual de diálogo

Vivir de la Palabra de Dios es una modalidad espiritual de poner a dialogar a la palabra interior con la palabra exterior. Pero de un modo muy especial, es decir, espiritualmente, o sea desde los dinamismos que el mismo Dios nos ofrece y nos regala: la fe, la esperanza, el amor. Pero aquí nos hemos de detener y dar alguna explicación.

Porque para escuchar la Palabra de Dios debemos reconocernos viviendo en Él: “*Ya que no se encuentra lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos, pues, como han dicho algunos de vosotros, somos también de su linaje.*” (Hch 17, 28). Así intentaba convencer Pablo en el Areópago a sus oyentes de Atenas. Somos de su linaje y lo sabemos por la fe, lo experimentamos desde la esperanza y lo vivimos en esa maravillosa experiencia del amor.

Por tanto, sólo podemos escuchar la Palabra de Dios dentro de esos dinamismos espirituales que nos han creado, nos movilizan y nos

hacen sus enamorados. Los “enamorados de Dios”, eso somos. Y eso es lo que nos permite no sólo escucharlo, sino vivirlo, expresarlo, hacerlo carne y sangre de nuestra experiencia.

En cada uno de esos dinamismos podemos, y debemos seguramente, escuchar a Dios. En la escucha y el diálogo de esos tres nutrientes, de esas auténticas raíces de nuestro ser que ponen en contacto la palabra interior y la palabra exterior, la escuchada y la que nos brota dentro, la que habitamos y la que nos habita.

La palabra de la fe, la palabra de la esperanza y la palabra del amor son nuestros nutrientes de la escucha. Y, si conseguimos delimitar sus recorridos dialogales, si podemos poner en contacto esas dos palabras en cada uno de ellos, habremos culminado nuestro empeño. Para vivir de la Palabra no se trata, pues, de realizar una simple escucha, sino de entrar en una verdadera “dínamis” del don, en una energía que se nos regala graciosamente, que nos saca de nosotros mismos y nos lanza a una exploración apasionante de lo desconocido. Es un aprendizaje del misterio, una pedagogía de la hondura, llamados como estamos a dejarnos alcanzar y derribar por su Palabra siempre destructora y, a la vez, siempre de nuevo creadora.

Auditus fidei: la escucha de la fe

Vivir de la Palabra de Dios es abrir los oídos a la fe en la Palabra de Jesús el Cristo. La palabra exterior de la fe es el mensaje de la salvación: son las noticias que hemos escuchado acerca de Jesús y su misterio. Es ya un lugar clásico para la conciencia creyente aquello de Romanos 10, 17: “*La fe sigue a lo escuchado (fides ex auditu, dice la Vulgata)*. En los escritos apostólicos hay paralelismo entre “*akoé*”, lo que se escucha, e “*hypakoé*”, la respuesta a lo que se escucha. Y el libro

en el libro de los Hechos (15, 7) se vincula la verdadera escucha a la fe en la Palabra de Dios: *“Para que oyeran la Palabra de Dios y creyeran”*.

Crear es el resultado de escuchar, de haber abierto el oído a la Palabra que nos comunica la misma vida de Jesús, el profeta poderoso que nos abre el camino de la Vida. Escuchar la buena noticia y acogerla con un corazón sencillo es la entrada necesaria para experimentar la nueva vida que se nos comunica como promesa de plenitud y de vida.

La fe creyente es el correlato de la fe creída. La confianza en Dios, que se nos manifiesta en la persona de Jesús, en sus signos y palabras, en su vida entregada y limpia es consecuencia de aceptarle a Él, de creerle, de dejar que su Palabra sean el testimonio fehaciente de su misión y de su misterio.

Por eso es necesario que a las palabras escuchadas por el oído, las que vienen de afuera, del testimonio de los que han visto y creído, le responda la palabra interior, aquella que lo reconoce y lo acoge, la que le da crédito, la que en sumisión verdadera le obedece. *“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”* (Lc 1, 38). Ese *“hágase en mí!”* de la doncella de Nazaret es la respuesta a un lugar de diálogo, de la acogida, de la verdadera escucha.

Y, de este modo, se produce el milagro del don de la fe. La fe escuchada debe ser también reconocida, la respuesta no es sino un reconocimiento de lo que ya estaba aguardando la noticia entrevista, casi adivinada, porque al anhelo del corazón sólo puede responder otro corazón, otra palabra que despierta y convulsiona, pero también aquieta y sosiega.

El Espíritu responde al Espíritu. La palabra interior a la noticia, la fe a la manifestación del misterio de Quien siempre ha querido comunicarse con nuestro corazón.

Auditus spei: la escucha de la esperanza

También escuchar a Dios es abrir nuestros oídos a la esperanza. Porque de igual modo que en la fe, el dinamismo de la esperanza es también dialogal. En cierto modo nace de lo anterior, de la fe creyente y la fe creída. Esperar no es posible sin creer, que es la raíz, la rama madre de la que crecen todas las otras ramas de la experiencia espiritual. Creer es la garantía de lo que esperamos (cfr. Hb 11, 1) y desde esa garantía comenzamos ya a poseer lo prometido.

Pero en esta dinámica dialogal de que estamos hablando, ¿cuál es la palabra exterior y cuál la interior de la escucha de la esperanza? La palabra interior es la confianza invencible de que las fronteras del mundo están abiertas. Y lo sabemos porque Jesús ha abierto una brecha en el horizonte de las expectativas de la humanidad. Con su muerte ha atravesado el umbral y con su resurrección dicho umbral ha quedado siempre abierto para todos nosotros. Se nos ha dado una segunda oportunidad, otra forma para vivir la vida, una ocasión definitiva.

La palabra interior es el Deseo, definitivamente rehabilitado, porque lo hemos puesto en la persona de Jesús y nos hemos dejado entrenar por Él los deseos dispersos e inseguros, para concentrarlos en su corazón, en el Reino de Dios que se va desplegando como zonas liberadas, como encrucijadas de deseos frágiles pero resistentes, de anhelos ciertos y soñadores, en búsqueda de lo que, ya misteriosamente, poseemos.

Y desde ahí escuchamos la palabra exterior, las voces de nuestros hermanos que buscan desesperadamente los oasis verdes en donde reposar, los abrazos en los que estrecharse, las fronteras nuevas que

atravesar, los paisajes limpios de la justicia y la paz donde poder reposar la mirada. Gritos y susurros. La voz y sus modalidades: el gemido (que es un leve susurro de sufrimiento, un lamento sordo, avergonzado, casi imperceptible), el grito (de auxilio ante una gran necesidad, de protesta íntima ante la injusticia, de liberación...) el clamor (es una voz coral, de muchedumbres hambrientas y sin hogar, huyendo de la violencia...) el canto (como salmo, como voz de ánimo, como "vientos del pueblo" que nos alientan en el camino, en la marcha colectiva, en la celebración.

Y ahí es donde brota el diálogo de la esperanza, entre la palabra interior, la palabra clara de una buena noticia redentora de todo mal y de todo sufrimiento y la palabra exterior de la humanidad que busca signos de esperanza, que grita en su lucha por la liberación y nos sacude como un viento impetuoso, el que arremetió en Pentecostés contra el Cenáculo, para incitar a los discípulos a salir afuera y a proclamar en lenguas nuevas tan inesperada noticia. ¿No os parece que a nuestra Iglesia de comienzos del siglo XXI también le hace falta sentir en el rostro ese viento desatado del Espíritu que inflame los corazones y derrita el hielo de la impotencia, de la perplejidad?

AUDITUS AMORIS: LA ESCUCHA DEL AMOR

El tercer ejercicio para escuchar la Palabra de Dios es la escucha del amor. ¿Y qué es el amor sino inexcusablemente comunicación, don que se comparte y se intercambia, del amante al amado y del amado al amante, por citar las conocidas palabras de nuestro Ignacio de Loyola?

Y de nuevo escuchar al amor es dialogar entre la palabra exterior y la palabra interior para no hacernos dueños sino siervos, para dejarnos enseñar por el misterio, por la hondura de quien nos habita amándonos tan incondicionalmente. Porque sólo podemos amar lo que tiene misterio y sólo donde hay misterio hay hondura.

No podemos escuchar esa palabra interior que nos habita sin escuchar la otra, la exterior, la del amor humano, la del rostro del hermano que lo configura, que lo corporaliza, que le dota de un cuerpo amoroso, de una cercanía y una lejanía a la vez, de otro yo mismo y otro él mismo o ella misma. La escucha atenta del amor interior, del amor de Dios, intransitivo, se hace transitividad en nuestros semejantes, en los próximos, por muy lejanos que estén en su propia alteridad.

Escuchar al amor es escuchar al otro, a la otra, al que nos llama. Ya que amamos no porque sentimos más o menos intensamente, sino porque transformamos y nos dejamos transformar por el amor. El amor se manifiesta más en obras que en palabras, porque es una fuerza que circula y nos altera la interioridad y nos organiza de otro modo nuestra relación con los demás y con el mundo.

La experiencia del amor es lo único que nos capacita para la rebeldía. Y hace falta mucho coraje para afrontar el amor y sus responsabilidades. Porque estamos en un campo de fuerzas siempre mayor que nosotros y sometidos a su acción que nos altera y nos revoluciona, que no nos permite pactar con la realidad tal cual es.

El amor no es solamente una fuerza de conmoción interior, sino que sobre todo es una realidad que afecta a nuestro cuerpo y a nuestra manera de relacionarnos con otros seres corporales y otras realidades físicas y materiales. Es decir, amar no nos permite dejar las cosas como están. Amar nos obliga a poner en práctica la misma fuerza del amor, a transformar a los seres a quienes amamos. Por eso la mejor forma de amar, desde el mensaje de Jesús, es vincularnos a la vida de los otros, meternos en su piel, ponernos en su lugar, es decir solidarizarnos con su gozo y también con su sufrimiento.

El amor evangélico es una práctica de proximidad, es un estar junto al que nos necesita. Y ello nos va a llevar inevitablemente a luchar para que su espacio vital no le sea arrebatado, para que su vida y sus aspiraciones quepan en este mundo, que no siempre es la realización perfecta de la justicia y la paz.

El que ha descubierto la experiencia del amor en su corazón obra en favor del amor, ensancha el espacio de su tienda, se abre a prácticas solidarias en favor de la justicia. Hacer la justicia es un imperativo del amor, pero nunca lo sustituye. Si nuestra justicia no sobrepasa la de los comprometidos de nuestro tiempo, la de los líderes sindicales o políticos, la de los grandes grupos de poder en nuestra sociedad, no es la verdadera justicia del Reino de Dios.

Emplearnos a fondo con el amor supone dejarle espacio para que actúe en nuestro entorno y serle muy fieles a la hora de plantear sus verdaderas exigencias. La experiencia del amor es una práctica, y el que ama descubre que está en un campo de fuerzas que le sobrepasa. El amor activo, transformador, nos tiene en sus manos y nos cambia ante la mirada gozosa del Dios fuente de todo amor.

La transparencia del don

Los dos polos del movimiento confiado del corazón, como ya hemos explicado, son la Palabra oída (y creída!) y la conciencia clara del don: la gracia. Pero dichos dos polos están entrelazados: la clara conciencia del don es un factor de transparencia que despierta la Palabra acogida y creída, es decir: vivida.

La Palabra, a su vez, nos hace conscientes del don recibido inmerecidamente (*“Como no tenía con qué pagarle...”*) pero la fe es aceptación confiada de la Palabra. Palabra “de otro” (en eso precisamente consiste el don!) que nos abre a la alteridad y nos anuncia la maravilla: no somos el único centro del mundo. Lo somos, desde nuestra limitada percepción de criaturas, pero sabemos, porque también los percibimos en el amor, que hay “otros” que nos permiten comulgar con ellos, hacer la increíble experiencia del éxodo de nosotros mismos.

La gracia del don se activa por la Palabra, pero entonces se hace reconocimiento de lo que ya había sido dado, de lo que ya gustábamos sin conocerlo. Ése es el misterio y su grandeza: la Palabra nos despierta al don solamente presentado, al reconocimiento de lo que éramos: amados inmensamente por el Amor más grande.

La Palabra que escuchamos nos lleva de asombro en asombro, de pecado en perdón, de exigencia en gratuidad, de méritos en gracia, de incapacidad en regalo, de renuncia en visión. Porque sin que sepamos por qué nos sabemos “enamorado” de Dios (aunque ése no sea el nombre en el que mejor nos reconocemos!) y lo vivimos en una asimetría grande, en el desconocimiento no total pero sí enorme, del misterio de amor en el que nos descubrimos.

¿Y cómo se puede invertir el proceso del conocer previo al amar posterior? ¿No es lo más lógico que el conocimiento preceda al amor y que una vez conocido nos aficionemos y nos dejemos arrebatados el corazón? ¿De dónde, pues, ese amar lo que no conocemos, lo que no hemos visto ni tocado ni oído nunca, si no es de la conciencia del don, del regalo? ¿Y qué es amar sino participar de ese dinamismo que no podemos ni originar ni controlar, sino simplemente aceptar como don, ese lugar propio en donde se produce la curación y la herida, la búsqueda y el hallazgo, la tensión y el reposo?

La Palabra es la que nos pone en el filo de ese mismo misterio arcano y creador, del Don de ese Amor fontal que no sabemos de dónde nos ha brotado, porque podemos constatar su presencia, pero no su origen, porque lo sabemos nuestro sin que nos pertenezca, porque lo sentimos brotar en nosotros pero no podemos apropiarnos de él, sino rendirnos a su presencia y sabernos simplemente sus servidores.

Volver a la escuela del don

Hay un punto en la misma historia desde el que dimana luz para toda ella: la historia humana visitada por el Amor, la historia concreta de Quien se despojó de su rango y asumió la condición humana únicamente por la fuerza de un amor mayor. Dios, todo Dios, estuvo en la persona y en la historia entregada del hombre Jesús salvando y redimiendo. La historia humana no tiene remedio sin la respuesta libre y responsable del ser humano, pero tampoco sin la acción transformadora del don del Espíritu de Dios.

No nos es posible llevar esta historia nuestra a su plenitud, a su acabamiento final, huyendo de ella, huyendo del mundo. Tendremos que darle siempre nuevas oportunidades, nuevos caminos de

recuperación, de reconciliación, pero ¿dónde beber la esperanza? Sólo en el reconocimiento de tanto bien recibido. Sólo ahí podremos cambiar la historia penosa de tantos y tantas sufrientes en proyecto de deseo, en camino de solidaridad.

La reconciliación de nuestras limitaciones y pobreza tiene un lugar muy preciso de ubicación: el continuo actuar del Amor de Dios en nuestros corazones. Recorrer cada una de nuestras dimensiones afectivas y vitales y reconocer la propia vida como una historia del Don es un requisito imprescindible.

Para volver a la escuela del don, para aprender a transparentarlo, es necesario que nos hagamos discípulos del deseo, que volvamos a descubrir la confluencia de los regalos recibidos de Dios y de los demás. Ese Dios que habita y trabaja en nosotros y en toda la creación haciendo su obra de amor: renovando nuestro ser más íntimo y el más cotidiano. Rehaciendo las tramas vitales de nuestro querer en la propia vida y en las otras vidas: las de todos aquellos que se han entretreído con nosotros en un tapiz de mutualidad.

Todo el universo personal y social está ligado por vínculos muy delicados pero muy estrechos: lo recibido como herencia y lo adquirido como conquista personal. Todas las dimensiones de la existencia, desde los sentidos corporales, la interior sensibilidad, la forma como organizamos el conocer, la manera de alimentar el recuerdo, todo nos está invitando a una experiencia de recepción y de don.

Tanto la experiencia de lo que somos y tenemos como la de aquello de lo que carecemos y nos sabemos limitados, tanto la vivencia de nuestras relaciones como la de la interioridad, están vividas en la doble dimensión de recibidas y de otorgadas. La confianza que prestamos a los demás es deudora del cariño que hemos recibido de ellos, el respeto por la veracidad de lo que decimos se corresponde con

la autenticidad con la que hemos sido tratados. Y así en todas las dimensiones de nuestra vida.

Lo que nos falta es volver a comenzar de nuevo a vivir de la Palabra en la escuela del don.

[Back](#)

Contact

Xavier Quinzà Lleó, SJ

*Centro Arrupe
Gran Vía Fernando el Católico, 78
46008 VALÈNCIA*

quinza@centroarrupe.com



-
- [Homepage](#)
 - [Site map](#)
 - [RSS](#)
 - [Print](#)
-

© 2008 All rights reserved.

[Free website :: Webnode](#)